

# LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y PODER

Rafael Carralero

La libertad de expresión es un derecho fundamental del hombre, o lo que es lo mismo, un derecho humano. La Revolución francesa de 1789 abrió las puertas para la reivindicación de los derechos universales del ser humano. Ya era parte de la filosofía y el reclamo de los hombres de la Ilustración, cuyo pensamiento tiene mucho que ver con aquella revolución. Pach, Montesquieu, Voltaire y Rousseau, entre otros filósofos y libre pensadores del siglo XVIII, lucharon en defensa de esos derechos, que desde luego contemplaban el derecho al disenso, que ellos concibieron como la base propiciatoria y esencial para el desarrollo de las artes, la ciencia y el pensamiento social.

A estas alturas, sería una atrocidad no defender ese derecho, que además de fundamental pareciera ya irrenunciable. Sin embargo, pese a los avances obtenidos en esta materia, pese a las múltiples instituciones que a todos los niveles de la sociedad se han formado para defenderlos, las violaciones son constantes y en todas partes. No conozco lugar del planeta donde, de alguna forma, no se violen los derechos del hombre. Claro que hay distancias astronómicas entre determinados países desarrollados, donde la sociedad civil tiene un grado alto de participación y de respuesta y otros donde esto no ocurre. Vale decir que sin una sociedad civil fuerte, educada en los valores que le son propios al hombre y con una capacidad de respuesta contundente, esto es impensable. No hay sociedad libre ni democrática donde no exista respeto a esos derechos inalienables, entre los cuales se destaca el de la libertad de expresión. Esa ausencia de libertad también se da en sociedades altamente desarrolladas, aunque en menor medida.

Por su naturaleza misma, poder y libertades parecieran antagónicas, pero cuando se trata de libertad de expresión entonces ese antagonismo se vuelve guerra irreconciliable, por muy sofisticadas y silenciosas que sean las armas con que se enfrentan. Claro que el poder hoy día tiene muchas caras e infinidad de formas. Cuando se habla de poder, las personas suelen pensar de inmediato en el poder político, pero ésta es sólo una forma que cada vez se entrelaza con otras, y resulta difícil encontrar las diferencias o las fronteras que las separan o las distinguen. Si hablamos de poder político, entendido como la administración gubernamental a diferentes niveles, ya sabemos que nada les irrita tanto como la libre expresión, aunque las circunstancias de la sociedad moderna les conduzca a fingir, coquetear y aparentar indulgencia, tolerancia y

flexibilidad, porque el discurso de la democracia se lo impone. Justamente, la cuestión de la democracia entra aquí en esa tenebrosa telaraña que se tiende sobre la idea de libertad de expresión como derecho fundamental del hombre. Alrededor de estos conceptos hay un laberinto de engaños, apariencias, simulaciones y perversidades.

Nada les preocupa tanto a los políticos en posesión del poder como la libre expresión, es decir, el posible ojo crítico de quienes tienen posibilidad de amplificar de alguna manera sus criterios. Por eso es tan frecuente que los gobernantes tracen ciertas estrategias de “estira y encoge” en relación con comunicadores y medios, claro, los que no les son del todo propicios. Los que disienten. De manera que con frecuencia se escuchan discursos políticos sobre estos tópicos que parecieran ser dichos por el más liberal de los enciclopedistas, pero nada hay de verdad en lo que dicen, nada que no sea retórica engañosa.



Vale aclarar desde ahora que, cuando hablamos de poder, no nos estamos refiriendo únicamente al poder político y administrativo; el gran poder, el más peligroso y menos visible no está precisamente en la administración pública ni en las instituciones políticas, aunque frecuentemente se dan de narices con aquéllos; son cómplices de facto o aliados a distancia. El gran poder está en los centros financieros con sus maquinarias implacables y sus mecanismos de dominación, donde naturalmente, aunque pareciera

## Vivimos los tiempos de las grandes mentiras, manipulaciones, simulaciones y abusos informativos

contraproducente, se encuentran los grandes y a veces no tan grandes, medios de comunicación. Aclaro que en estos casos el concepto de comunicación es erróneo, pero volveremos luego sobre este asunto. Desde esos grupos de poder, ocultos casi siempre, se maneja en buena medida el mundo. Se compran gobiernos, se determinan procesos electorales, se corrompen a funcionarios y autoridades del orden y la justicia. De manera que es imposible hablar de libertad de expresión verdadera en sociedades controladas por esos grupos que ambicionan controlar al mundo y donde se encuentran, con singular fuerza e importancia, los principales medios de comunicación. De la misma forma que he dicho que no se puede creer que el poder se concentra en los gobiernos y sus instituciones políticas y administrativas, afirmo que esos grupos sí son parte del poder que se ejerce sobre la sociedad, con frecuencia devastador. Muchos gobiernos mueven la estructura del poder en complicidad con esos grupos financieros, los monopolios y todo su engranaje avasallador. Lo curioso es que desde el poder, cualquiera que sea el matiz con que lo identifiquemos, se habla de la libertad de expresión y hasta pretenden presentarse como líderes que defienden ése y otros derechos humanos. Espectacular cinismo.

El asunto se vuelve más vergonzoso cuando uno ve a “comunicadores”, figuras que dominan los principales espacios informativos, “líderes de opinión”, como suele llamárseles, protestando contra los intentos de acallarlos. Claro que vale decir que muchos de esos acallados, a veces desaparecidos, son integrantes de medios locales y con frecuencia personas honorables y profesionales honestos. Pero es una ironía que aquellos señores que no son otra cosa que portavoces de sus patrones, de los principales grupos de poder, se quieran vender como poseedores de la verdad y hasta se enojen cuando se lo dicen. Siempre que a estos informadores se les señala por su tendenciosa conducta en defensa de los intereses de sus “pastores”, asumen la crítica como un atentado contra la libertad de expresión. En estos casos parece funcionarles el camuflaje.

Es pavoroso ver programas donde ciertos grupos de “informadores” se reúnen bajo la tutela de esos intereses monopólicos para erigirse jueces implacables; todos coinciden en esencia, aunque no siempre lo parezca. Satanizan toda expresión popular y cualquier liderazgo real; toda acción de la izquierda y sus acciones son “indignas manifestaciones populacheras, autoritarias y carentes de inteligencia”. Sólo desde el sacrosanto poder se expresa la “inteligencia, la verdad y la razón”. Las informaciones que ofrecen sobre las acciones y actitudes que representan a los “jodidos” de la tierra se ironizan o se matizan para dar la idea de barbarie. Ellos y sus patrones son los hombres civilizados que saben dónde está la verdad absoluta. Unos hablan con magisterial seguridad, otros desbordan sus cualidades de bufón. No

sienten vergüenza por su parcialización descarada, por sus intenciones manipuladoras. No les importa estafar a millones de analfabetos reales o funcionales. Tampoco les apena ignorar que frente a la pantalla hay personas inteligentes, seres pensantes que sin mucho esfuerzo pueden apreciar la perversidad que se esconde detrás de su “libertad de expresión”. Creo que un comunicador (vuelvo a señalar que una cosa es comunicar y otra dar noticias o informar sobre acontecimientos) tiene derecho a simpatizar o situarse ideológicamente en la postura que le convenga, incluso expresarla, pero lo que sí parece miserable es que se proclamen informadores limpios, transparentes, sin otro compromiso que el de informar, cuando en realidad son verdugos de las tendencias que les son adversas a ellos y a sus patrones. “Yo soy periodista”, frase que escucho con frecuencia, les parece libre absolución para mentir, manipular y desacreditar.

Las multitudes de desamparados no tienen a su disposición los medios para expresarse, muchas veces tampoco tienen la cultura necesaria para discernir, pero cuando se expresan públicamente, cuando hacen marchas y protestan, suelen ser calificados negativamente, por lo regular son “vándalos” que responden a las acciones “bárbaras” de los líderes de la izquierda. Entonces, ¿dónde está la libertad de expresión que dicen defender los señores de las manipulaciones informativas? ¿El derecho a expresarse es aquél que se da a través de los medios y a través de sus “líderes” de opinión? Es admirable aquel que defiende sus ideas sin tapujos, tenga o no la razón histórica es respetable cuando la expresa libre y honestamente; despreciable es el que se vale del poder mediático para manipular y mentir. Sin embargo, vivimos los tiempos de las grandes falsedades, manipulaciones, simulaciones y abusos informativos. Los grandes medios de información son cómplices del olvido y la ignorancia.

Tan vapuleado como el concepto de libertad de expresión, que más que concepto es un derecho natural del hombre, es el de democracia. Estos “paladines” de lo primero son también los de la democracia. Ambos fenómenos están emparentados en su esencia misma. Pero ni uno ni otro son respetados por ellos, salvo cuando les conviene, cuando resultan necesarios para darle coherencia a sus estrategias manipuladoras. A los millones de analfabetos nadie les ha explicado qué cosa es la democracia, la palabra misma les es tan extraña y distante como si les hablasen de las galaxias. Pero los políticos y los (des)informadores hablan divinamente de la democracia

## Los grandes medios de información son cómplices del olvido y la ignorancia


ignorando a esos millones que ni siquiera saben qué significa el término. Hasta se atreven a creer o hacer creer que existe democracia en países como el nuestro, donde más de un tercio de la población no puede discernir entre el mal y el bien, entre lo conveniente y lo inconveniente. No se ha conocido procedimiento político alguno que supere a la democracia, en eso coincidimos con Winston Churchill, pero no existe tal cuando el *precio y aprecio* de un voto puede ser un paquete de frijoles y medio kilogramo de aceite. Jugar con el hambre de la gente no puede tener que ver con la democracia ni con la dignidad humana. Cabe preguntarse de nuevo: ¿de qué libertad de expresión y de qué democracia estamos hablando? ¿Las que le sirven a unos y manipulan a los otros?

Es “divino” ver como muchos de esos conductores de programas a los que nos hemos venido refiriendo, cuando tienen que informar sobre cualquier acción de la izquierda, llenan sus rostros de gestos despectivos; sus palabras escupen ironía y los comentarios suelen ser escandalosamente tendenciosos, pero no se los diga, porque hierva la soberbia y, a ratos, truenan las descalificaciones. Parecen ignorar, ignoran de hecho, que dentro de los males de la política sólo la izquierda, con sus defectos y desórdenes evidentes, piensa en los desposeídos y conquista para ellos cierto alivio social. La izquierda ha evitado, en diferentes momentos, que la reacción aniquile algunas de las más grandes conquistas del hombre. Ha conseguido libertades indispensables y se ha enfrentado a las tendencias más conservadoras y retardatarias de la sociedad. La derecha, en cambio, suele legislar, diseñar y dirigir proyectos que siempre afectan a los de abajo y benefician a los que más tienen, sobre todo a esos que lo tienen todo. ¿Será muy difícil comprobar esa realidad?

¿De qué libertades podemos hablar en un país donde una docena de individuos poseen más riquezas que todo el patrimonio de cincuenta millones de personas? Pero eso no es lo que dicen los “líderes de opinión”. No, ellos califican de vandalismo las acciones de cansancio y reclamo de los marginados de siempre. Son autoritarios, equivocados y provocadores los que lideran a esas multitudes que no tienen otra forma de defender sus libertades de expresión que no sean las calles y las plazas. Son criminales porque sufren y se inconforman porque la tortilla, que es alimento único o casi único para millones de personas, ha subido a precios nunca antes sospechados, porque el huevo se vuelve artículo de lujo “gracias a las indolentes gallinas que ahora les ha dado por enfermarse de gripe”.

El caso es que los jodidos de la tierra no entienden mucho de libertades de expresión ni democracia, como he dicho con anterioridad. Tienen que concentrarse en la agónica tarea de sobrevivir, pero son constantemente manipulados por los medios, en particular los grandes medios de información, para quienes las reivindicaciones, en lugar de metas a conquistar, son “peligros”. Los llamados líderes de opinión, en su mayoría, se vuelven grandes defraudadores de la verdad y la dignidad de las mayorías. Agreden con sus acciones al profesionalismo que debe caracterizar a un verdadero profesional de la comunicación. Por cierto que con frecuencia se autodefinen como comunicadores, aunque con ellos falten a la verdad y a la definición conceptual del término.

Si nos atenemos a la teoría de la comunicación, para que exista tal ha de haber un emisor, un receptor y un mensaje, para cuya concreción debe contarse con un código común, es decir, un código o códigos que puedan compartir el emisor y el receptor. Ocurre que por lo regular se piensa que ese código requerido, en el caso que estamos hablando, es sólo el del lenguaje en que se transmite, pero tal cosa no es suficiente para que se complete la acción comunicativa. Se requiere de un código cultural compartido que presupone igualdad de condiciones para emitir y recibir. Eso pocas veces ocurre cuando se trata de mensajes transmitidos a través de los medios de comunicación, porque regularmente, sobre todo cuando se trata de los grandes difusores, parten de una cultura de masa, que significa cultura de dominación, ajena en principio a los intereses de la mayoría y distante de la cultura popular, entendida ésta en su mejor sentido, la que es portadora de la creación, la imaginación y los valores que comportan tradiciones y raíces culturales más profundas. En consecuencia, aunque se comparta el lenguaje en que es transmitido el mensaje, los códigos culturales resultan adversos.

Aunque parezca paradójico, la cultura de masa es fabricada, producida, por una élite minoritaria que cuenta con los medios que amplifican sus mensajes, sus ideas y su visión del mundo, sin misericordia y mediante un número determinado de “informadores” adiestrados para repetir lo que les resulta conveniente. Es una cultura, una información que carece de interacción. La pregunta entonces es: ¿puede haber aquí libertad de expresión y equidad comunicativa? ¿Eso es comunicación? No, lo contrario, es una farsa. 

---

**Rafael Carralero** (Cuba, 1949). Escritor cubano, nacionalizado mexicano. En Cuba tuvo responsabilidades en el campo de la cultura, fue fundador de instituciones y proyectos de investigación y promoción cultural, como el Centro Juan Marinello. Fue también director de la revista *Temas* y dirigente de la Asociación de Escritores de Cuba de la UNEAC. Entre sus libros, cabe citar: *Con el ojo en la mira*, *Casa de Espejos*, *El Vuelo del Albatros* y *Leyendas de tierras extrañas*, *Episodio inconcluso*, *Tiro nocturno*, *Tiempo y amor sobre el golfo*, *Heredia: del verso nació la acción*. En México es presidente actualmente de la Asociación de Intercambio Cultural “José María Heredia” y del Comité Internacional para los Festivales del Caribe.